

La géolinguistique en Amérique latine. Hors série nº 2 de *Géolinguistique* (2001-2002). Université Stendhal-Grenoble 3, Centre de Dialectologie. 276 p.

Géolinguistique recoge en este número monográfico sobre la geografía lingüística en América Latina doce contribuciones, de las cuales diez se consagran a Hispanoamérica, una a Brasil y otra al Canadá francófono. En el prólogo, Michel Contini, director del *Centre de Dialectologie de Grenoble*, recuerda que a partir de la publicación del *ALF*, de J. Gilliéron, Europa se convirtió en un terreno privilegiado de la geolingüística, y a la vez constata el considerable desarrollo que esta disciplina ha experimentado en América Latina durante el último cuarto del siglo xx. No obstante, el escaso conocimiento que de tales trabajos, a juicio de Contini, existe en Europa, explica el empeño de la revista por difundirlos en este continente, incluyendo tanto los territorios de habla española y portuguesa —que encajan en el concepto de *América Latina* al uso— como los francófonos de Canadá.

María Vaquero de Ramírez cifra el objetivo de su exposición, «La géolinguistique hispanique aux Caraïbes» (p. 7-31), en «situer la géolinguistique antillaise dans le cadre général des études sur l'espagnol pratiqué dans la région» (p. 7). En primer lugar, ofrece un panorama general de la dialectología antillana, dividido en tres subapartados: 1) los acercamientos predialectales, desde el siglo xix hasta mediados del xx; 2) la primera etapa de los estudios dialectales (1920-1975), a la que

da inicio Tomás Navarro Tomás; 3) la segunda etapa de los estudios dialectales, estructurales y sociolingüísticos (1960-2001), con la renovación que suponen las investigaciones de Humberto López Morales y de Cristina Isbasescu, el proyecto de *Estudio del español culto en las principales capitales del mundo hispánico* y las nuevas teorías y los nuevos métodos que se han aplicado a la dialectología antillana en las últimas décadas.

Seguidamente, Vaquero aborda la geografía lingüística en las Antillas, a partir de tres bloques: 1) una primera etapa abierta por Navarro Tomás («Apuntes sobre el español dominicano», 1956; *El español en Puerto Rico*, 1948, que contiene el primer atlas lingüístico de la América hispánica, formado por 75 mapas); 2) una segunda etapa (1948-1985) en la que sobrealenan las investigaciones que siguen a las de Navarro en Puerto Rico, las de Max A. Jiménez Sabater y Lysanne Coupal en la República Dominicana, así como las tentativas de elaboración de un atlas lingüístico en Cuba; 3) una tercera etapa definida por el proyecto del *Atlas Lingüístico de Hispanoamérica* y los trabajos que analizan el material de las encuestas. En 2000 se publicó el nuevo *Atlas* de la República Dominicana, de Manuel Alvar.

Claudio Wagner se ocupa de «La géolinguistique au Chili» (p. 33-57). Se remonta a las primeras observaciones dialectales del país, que se deben al alemán Rodolfo Lenz, quien en su *Diccionario etimológico de las voces chilenas derivadas de lenguas indígenas americanas* (1905-1910) propuso ya una división dialectal del español hablado en Chile, en cuatro zonas: norte, centro, sur, y la isla de Chiloé. Siguiendo a Lenz, en los años sesenta del siglo xx Rodolfo Oroz distinguió asimismo cuatro zonas, en lo que no deja de ser una hipótesis, pues no se había aplicado el método de la geografía lingüística. Guillermo Araya es quien promueve, en los años sesenta, los estudios de geolingüística en el país. Él dirige el *Atlas lingüístico-etnográfico del sur de Chile* (ALESUCH), atlas regional cuyas encuestas se realizaron entre 1968 y 1969 y del que se publicó en 1973 el primer tomo de los cuatro o cinco previstos; el resto permanece inédito.

No han visto la luz ni el *Atlas lingüístico y etnográfico de Chile* (ALECH), dirigido por Gastón Carrillo, ni el *Atlas lingüístico-etnográfico del norte de Chile* (ALENOCH). Entre 1990 y 1993 se realizó un atlas de un pequeño dominio del norte chileno: el *Atlas lingüístico de la provincia de Parícuta* (ALPA), dirigido por Magdalena Contardo y Victoria Espinosa, cuyos 871 mapas, elaborados electrónicamente, no se han publicado. En 1992, Chile se unió al proyecto del *Atlas Lingüístico de Hispanoamérica* (ALH), para el que un equipo dirigido por Wagner realizó las encuestas entre 1993 y 1995. Wagner dirige, asimismo, el proyecto del *Atlas lingüístico-etnográfico de Chile por regiones* (ALECh), presentado en 1996; las encuestas se realizaron entre 1997 y 2000, y se pretende crear una versión convencional y otra electrónica del atlas. Se aplican métodos distintos en zonas rurales y en núcleos urbanos.

José Joaquín Montes Giraldo, en «Regards sur les études dialectologiques en Colombie» (p. 59-87), traducido del español por José-Luis Obando Montes, introduce una apreciación metodológica al hablar de estudios «dialectológicos» y no de estudios «geolingüísticos» porque entiende que la geolingüística es una parte de la dialectología. Distingue una etapa precientífica de esta disciplina, caracterizada por la publicación de glosarios y obras con sello purista, la primera etapa científica, representada en Colombia —y en toda Hispanoamérica— por la figura de Rufino José Cuervo, y la segunda etapa científica, que comienza con la fundación del Instituto Caro y Cuervo en 1942.

A continuación Montes analiza con detalle todas las cuestiones concernientes al *Atlas Lingüístico-Etnográfico de Colombia* (ALEC), el primer atlas nacional de un país de habla española que se ha publicado. Tomás Buesa y Luis Flórez prepararon el proyecto. Se explica la red de puntos elegidos, los encuestadores, el cuestionario, los informantes, el método de encuesta, la elaboración del material y los tipos de mapas, así como las características lingüísticas a la par que etnográficas del atlas. Se editó entre 1981 y 1983, y consta de 6 tomos, con 1500 mapas. A diferencia de lo que ocurre en los atlas de Uruguay o de México, el ALEC no presta atención a los distintos niveles de lengua o de clase social. Siguiendo sus huellas, han surgido proyectos de atlas de los departamentos de Huila y de Antioquia.

Montes alude también a otros estudios dialectales, como los que se centran en el habla culta de Bogotá, dentro del proyecto dirigido por Juan M. Lope Blanch, o bien en los diferentes estratos sociales

de la ciudad, en el seno del Departamento de Dialectología del Instituto Caro y Cuervo. Aparte, existen algunas obras que muestran la localización geográfica de distintas lenguas indígenas en Colombia. El artículo se cierra con una relación de trabajos teóricos sobre dialectología realizados en dicho país.

De signo diferente es el trabajo de Lourdes E. Montero Bernal, «Variation phono-dialectologique dans le parler rural de Cuba» (p. 89-102), traducido por José-Luis Obando Montes. El Instituto de Literatura y Lingüística de Cuba ha estudiado el habla rural de la isla en los terrenos fonético, morfosintáctico y léxico desde una perspectiva diatópica, lo que ha permitido confirmar la existencia de cinco zonas geolectales. El equipo de investigación del que la autora forma parte usó, entre 1989 y 1995, el cuestionario del *Atlas Lingüístico de Cuba (ALCu)*. Montero se atiene en esta investigación al aspecto fónico: ha escogido 75 encuestas con informantes de más de 50 años, correspondientes a 63 localidades, y ha analizado la variación alofónica de los fonemas /s/, /r/ y /l/ en final de sílaba en el habla rural de Cuba. El fonema /-s/ se elide en el 47,3% de los casos, y manifiesta sus mayores cotas de desaparición en la región oriental; por su parte, /-r/, con realización vibrante en el 75,5% de ocasiones, muestra una gran variabilidad en la región oeste, mientras que al territorio del extremo oriental corresponde una casi total estabilidad de este fonema; en cuanto a /-l/, con la variante lateral en el 89,2% de casos, experimenta el índice más bajo de conservación y la mayor variación alofónica en la zona occidental. En suma, de los tres fonemas analizados, los líquidos —y en mayor medida el lateral que el vibrante— son los que más se conservan en final de sílaba, pero a la vez son los que presentan mayor riqueza alofónica.

Antonio Quilis y Celia Casado-Fresnillo, en «Les travaux de l'Atlas Lingüístico Nacional del Ecuador» (p. 103-113), exponen las características de este atlas nacional, del que son directores, y cuya exhaustividad será mucho mayor que la del *Atlas Lingüístico de Hispanoamérica*. Para los puntos de encuesta se han considerado las cuatro zonas geográficas del país: costa, Andes, Amazonia e islas Galápagos. Los autores explican los criterios de selección de las 98 localidades y de los 230 informantes. Hasta el momento de redactar el artículo se habían realizado 80 encuestas. El cuestionario consta de 3070 preguntas, atinentes a los niveles léxico, morfosintáctico y fonético. Cierra el estudio una relación de las utilidades del proyecto del atlas.

Harald Thun presenta «L'Atlas Lingüístico Guaraní-Románico (ALGR)» (p. 115-126), que constituye el primer atlas lingüístico sobre una lengua amerindia.¹ Dirigido por Wolf Dietrich, Almidio Aquino y Harald Thun, comparte la base teórica y el método con el *Atlas Lingüístico Diatópico y Diastrático del Uruguay (ADDU)*. Como este, «se propose d'étudier non pas une superficie mais un espace linguistique dans une perspective pluridimensionnelle» (p. 115). El área investigada, en la que se analiza el contacto entre el guaraní, de un lado, y el español y el portugués, del otro, tiene su centro en Paraguay y se extiende al noreste de Argentina y a la zona meridional de Brasil —esto es, la zona guaraníca. En 1992 se iniciaron las encuestas, y la red consta de algo más de 100 puntos. Además, al proyecto del ALGR se le ha sumado un atlas sociolingüístico cuyos materiales también se han incorporado al primero. La estructura del cuestionario corresponde a la del atlas uruguayo, pero es mucho más corto: no supera las 400 preguntas principales. Toda la encuesta se graba. Los principios de la cartografía coinciden con los del ADDU.

En su artículo «Atlas Linguistique du Mexique» (p. 127-141), traducido por José-Luis Obando Montes, Juan M. Lope Blanch expone que ha pretendido detectar los casos de polimorfismo en el español de México, con la finalidad de establecer las zonas dialectales del país. Para ello se han encuestado 1355 informantes en un total de 193 localidades, sin soslayar la persistencia y vitalidad de las lenguas indígenas. Se han seguido dos procedimientos complementarios en la recogida de datos en cada punto: por un lado, el cuestionario escrito, sometido a tres o cuatro informantes; por otro, la grabación de conversaciones espontáneas de una duración mínima de 30 minutos con otros tres o cuatro informantes. Esto ha dado lugar a dos tipos de mapas: el tradicional, en el que se indican las diferentes res-

1. Véase la reseña de Bartomeu Melià sobre el *Atlas lingüístico guaraní-románico* de Harald Thun que aparece en este volumen.

puestas de los informantes a una misma pregunta, y el sintético, que reúne todas las formas lingüísticas —fonéticas o morfosintácticas— que aparecen en las grabaciones, y que recogen con mayor propiedad el polimorfismo. El *ALMex* consta de 958 mapas y 6 volúmenes. Lope Blanch explica también las ventajas y el interés de las segundas respuestas en la investigación dialectal, en cuanto reflejo de lo realmente dicho por el informante —más allá de la norma estándar o de lo que considera correcto— y de la penetración de la lengua indígena del lugar —a menudo la segunda respuesta es una voz indígena.

«L'espace dans une perspective socio-géographique. L'espagnol du Pérou» (p. 143-168), de Rocío Caravedo, nuevamente con traducción de José-Luis Obando Montes, constituye un artículo eminentemente teórico que pone sobre la mesa los nuevos caminos que se abren a la geografía lingüística para que pueda reflejar con mayor propiedad las diferentes manifestaciones de la variación lingüística. La autora plasma la relevancia de la dimensión social en el estudio del espacio lingüístico en estos términos: «toute étude de phénomènes spaciaux renvoie nécessairement aux populations et doit prendre en compte les caractéristiques de la société ou des sociétés auxquelles celles-ci appartiennent. En conséquence, toute géolinguistique est par principe une linguistique de type social» (p. 144-145). Responsable de la parte peruana del *Atlas Lingüístico de Hispanoamérica*, Caravedo afirma haber pretendido vincular este trabajo (una fase de observación de tipo extensivo) a una vasta investigación sociolingüística sobre el español peruano (una segunda fase de investigación intensiva), cuyo marco interpretativo se esboza en el presente capítulo.

El proyecto del *ALH* establece 50 puntos de encuesta en Perú, de los que una gran parte ha sido ya estudiada. En cada uno se entrevista a dos informantes representativos de los dos polos de la jerarquía social. Integran el cuestionario 1416 preguntas correspondientes a los distintos niveles lingüísticos. Además, se ha recogido una conversación informal entre el encuestador y el informante en cada punto. Caravedo presenta a grandes rasgos la caracterización del espacio geosocial peruano. La zona litoral y, especialmente, Lima, constituye el foco principal del país; la zona andina, y su español, se sitúan por debajo en la escala de prestigio, así como la región amazónica, muy poco poblada y cuyas modalidades dialectales se valoran negativamente, sobre todo desde la capital. El español, lengua oficial, convive con otras lenguas en situación de desigualdad. Pero es en Lima donde todas estas lenguas y formas de vida conviven: alrededor del 60% de su población está formada por inmigrantes de la región andina y, en menor medida, de la amazónica, por lo que la ciudad ha perdido su especificidad dialectal. En vista de ello, la autora sostiene que para entender esta realidad es necesario ir más allá de las categorías y del modo de representación tradicionales de la dialectología, porque la difuminación de las fronteras y la gran movilidad poblacional chocan con la concepción de una realidad estática que impregna la geografía lingüística. El fenómeno del yeísmo en Perú sirve a Caravedo para demostrar la necesidad de un estudio intensivo que complete una perspectiva más general como la destinada al *ALH*.

Harald Thun escribe también sobre «L'Atlas Linguistique Diatopique et Diastratique de l'Uruguay (*ADDU*)» (p. 169-185), un atlas pluridimensional que completa la perspectiva de la dialectología diatópica con la sociolingüística, y que forma parte de un proyecto más amplio destinado al estudio de toda la región del Río de la Plata. Es fruto de la cooperación entre dos equipos dirigidos por Adolfo Elizaincín y el mismo Harald Thun. Los dos cuestionarios —uno para los hispanohablantes y otro para los lusohablantes de Uruguay— se elaboraron entre 1985 y 1989. Las encuestas, realizadas a más de 1400 informantes, se desarrollaron entre 1989 y 1992, y en 2000 se publicaron los dos primeros fascículos del atlas.

Thun expone las dimensiones que han guiado la recogida de datos, así como los criterios de selección de los puntos de encuesta. La red de la zona de habla española comprende 75 localidades, dos de ellas en Argentina, en tanto que la de la región lusófona está constituida por 34 puntos, 11 de los cuales corresponden a Brasil. Los dos cuestionarios, con la misma estructura e igual contenido, aluden a la fonética, al léxico, a la gramática, a algunos aspectos de la pragmática y, de modo menos sistemático, a la etnografía. En ellos subyace el del *Atlas Lingüístico de Hispanoamérica*. El trabajo de cartografía se desarrolla en Alemania. Al lado de los datos lingüísticos se grabó mucha

información de interés demográfico, a partir de la cual se está elaborando un atlas que sirve de complemento a los de tipo lingüístico.

Antonio Quilis, en «Les travaux de L'Atlas Lingüístico de Hispanoamérica» (p. 187-195), ofrece un balance de los trabajos realizados o en curso de realización para este atlas, así como de algunos de sus resultados. Recuerda que en 1980 Manuel Alvar expresó en México la necesidad de un atlas continental sobre el español de América. Alvar y Quilis (1984) elaboraron el *Cuestionario*, que consta de 1415 preguntas (758 de léxico, 394 de fonética y 263 de morfosintaxis). Se seleccionan dos informantes por localidad, uno instruido y el otro sin estudios. Por lo que atañe al estado de la investigación, existen tres situaciones. En primer lugar, la de un país totalmente encuestado y del que se han publicado las informaciones recogidas, Estados Unidos, sobre el que han visto la luz dos obras de Manuel Alvar: *El dialecto canario de Luisiana* (1998) y *El español en el Sur de Estados Unidos* (2000). En segundo lugar, la de los países totalmente encuestados: Cuba, Puerto Rico, la República Dominicana y las Islas Vírgenes, en las Antillas; Panamá, Costa Rica, Nicaragua, Honduras, El Salvador, Guatemala y Belice, en América Central; y Bolivia, Ecuador y Chile, en América del Sur. En tercer lugar, hallamos otros países donde las encuestas están en curso: Perú, México, Venezuela, Argentina, Paraguay y Uruguay. Por falta de una revisión exhaustiva del texto, en la bibliografía se infiltra el siguiente mensaje: «¡Error! Marcador no definido. ¡Error! Marcador no definido» (p. 194).

Suzana Alice Marcelino Cardoso acerca al lector al ámbito del portugués brasileño con «La dialectologie au Brésil. Aperçu historique et bilan actuel» (p. 197-229). El artículo traza en primer lugar una breve historia de los estudios dialectales en Brasil. En 1826 Domingos Borges de Barros escribió un tratado sobre las diferencias entre el portugués brasileño y el de Portugal, y a partir de esa obra se distinguen tres fases. La primera abarca desde 1826 hasta 1920 —fecha de publicación de *O dialecto caipira* de Amadeu Amaral—, y se caracteriza por una serie de trabajos que se orientan al estudio del léxico y de las especificidades del portugués de Brasil. La segunda etapa llega hasta 1952 y viene definida por la elaboración de estudios que describen los fenómenos fónicos, morfosintácticos y léxicos de un área determinada, entre los que destacan el ya citado de Amaral, el de Antenor Nascentes titulado *O linguajar carioca em 1922*, y *A língua do Nordeste* (1934), de Mário Marroquim. La tercera fase, iniciada en 1952, se caracteriza por los estudios de geografía lingüística, dentro de los cuales Nelson Rossi da el primer paso concreto con la publicación de *Atlas Prévio dos Falares Baianos* en 1963, así como por estudios teóricos, por la producción de léxicos regionales y de glosarios, y por la elaboración de monografías sobre diversas regiones.

A continuación la autora aborda de lleno el desarrollo de la geografía lingüística en Brasil. Recuerda que la opción inicial fue la de los atlas regionales, por las enormes dificultades que suponía la elaboración de un atlas nacional en un país tan extenso y con vías de comunicación precarias. Actualmente la geolingüística describe un área que va del sur y sureste al noreste de Brasil, a través de cinco atlas lingüísticos publicados (por lo menos en parte) y que corresponden a cinco Estados: *Atlas Prévio dos Falares Baianos* (APFB) (1963), *Atlas Lingüístico de Sergipe* (ALS) (1987, publicado con retraso por problemas de financiación), *Esboço de um Atlas Lingüístico de Minas Gerais* (EALMG) (1977; solo se ha publicado el primer volumen de los cuatro previstos), *Atlas Lingüístico da Paraíba* (ALPB) (en 1984 se editaron los dos primeros volúmenes de los tres previstos), y *Atlas Lingüístico do Paraná* (ALPR) (1994). Al lado de los anteriores, Cardoso ofrece una perspectiva actualizada de otros nueve atlas regionales que se hallan en diferentes estadios de elaboración.

Por otro lado, se desarrolla un proyecto de mayor envergadura, de carácter nacional, que es el del *Atlas Linguistique du Brésil* (ALiB), citado en francés por la autora: un proyecto que recorre la dialectología brasileña desde los años cincuenta del siglo xx, aprobado finalmente en 1996. Cardoso enumera los objetivos que persigue este atlas, entre los que figura la determinación de áreas dialectales, y presenta los aspectos metodológicos que lo jalonan: una red de 250 localidades; 1104 informantes, representativos de variables sociales como la edad, el sexo y el grado de escolarización; y grabación de los datos recogidos. Se espera que en 2005 se puedan ver los primeros resultados na-

cionales. En definitiva, en los años setenta la geolingüística brasileña se ralentizó, por el mayor interés que despertaba la sociolingüística, pero a partir de los ochenta conoce un nuevo impulso.

Cierra esta obra un extenso trabajo de Claude Verreault, «Variation géographique du français dans l'Est du Canada. Présentation des principales enquêtes réalisées et aperçu des recherches actuelles» (p. 231-265). La población francófona de Canadá, que representa menos de una cuarta parte del total, se concentra en el este del país y, en especial, en Quebec, única provincia donde es mayoritaria. En este artículo el autor se propone, en primer término, repasar las encuestas geolingüísticas más notables que se han realizado sobre el francés del este de Canadá y, a continuación, presentar las investigaciones actuales. Las principales encuestas se muestran agrupadas según los tres tipos de hablas del territorio: quebequesas, acadianas y ontarianas.

Las encuestas realizadas en el dominio quebequés se pueden dividir en tres grupos según su alcance general, regional o local. Verreault indica que las primeras encuestas sobre el francés hablado en Quebec se remontan a finales del siglo XIX y que se trata en un principio de encuestas locales realizadas por filólogos de la escuela americana (John Squair, 1888, efectúa la primera, en Sainte-Anne-de-Beaupé; Alexander Francis Chamberlain, 1892-1893, encuestó a un canadiense originario de Granby; Landry, 1943, llevó a cabo una encuesta en Papineauville). La influencia de la escuela francesa se notará más tarde, con Soltész (1970, Îles du lac Saint-Pierre) y Massicotte (1978, Île aux Grues). Por otra parte, se han efectuado dos encuestas geolingüísticas generales en el dominio lingüístico quebequés. La primera, a principios del siglo XX, corrió a cargo de la *Société du Parler Français au Canada (SPFC)*. La segunda, en los años setenta, fue dirigida por Gaston Dulong. Este proyecto se terminó en 1980 con la publicación de *Le parler populaire du Québec et de ses régions voisines. Atlas linguistique de l'Est du Canada* (10 vol.). El cuestionario comprendía 2309 preguntas, y la red incluía 169 puntos (152 en Quebec, 8 en Ontario y 9 en las provincias marítimas). Se encuestó a unos 700 informantes del medio rural, poco o nada escolarizados y con 72 años de media. Los datos se presentan en forma de listas y no de mapas lingüísticos, por lo que, estrictamente, no conforman un atlas lingüístico, pero sí permiten perfilar dos grandes áreas en el dominio lingüístico quebequés: la del este y la del oeste. En cuanto a las encuestas regionales, disponemos de tres: la de Marcel Juneau (1975), de carácter léxico, efectuada en las regiones de Bellechasse y de Lévis; la de Maurice Lorent (1977), que explora el vocabulario usado en Beauce; y la de Thomas Lavoie (1985), que cubre la región de Charlevoix, de Saguenay-Lac-Saint-Jean y de la Côte-Nord.

Por lo que se refiere a las hablas acadianas, existen las siguientes encuestas: la local de James Geddes, realizada en 1890 en Carleton (Quebec), pero publicada en 1908; la general de Geneviève Massignon; y la marítima de Péronnet, Babitch, Cichocki y Brasseur, realizada en 1988 en 18 localidades de las provincias marítimas, y que ha dado lugar al *Atlas linguistique du vocabulaire maritime acadien (ALVMA)* (1998), que constituye de hecho el primer atlas lingüístico canadiense. Por su parte, las hablas franco-ontarianas han sido objeto de diversas encuestas geolingüísticas, de las que el autor cita la de Alexander Hull (1955) sobre el habla de Windsor, de tipo léxico.

Seguidamente Verreault se ocupa de las investigaciones actuales. Apunta que las numerosas encuestas geolingüísticas realizadas desde finales del siglo XIX sobre el francés de Canadá y, particularmente, de Quebec, han permitido estudios sobre todo léxicos, pero no han conducido a todos los trabajos de síntesis que se podrían esperar; asimismo se carece de un análisis histórico riguroso de los datos de las encuestas que permita arrojar luz sobre la génesis y la formación del francés usado en Quebec; y no se ha explotado suficientemente la cartografía lingüística de estos datos. Tales insuficiencias han llevado al autor de este artículo y a su colega Thomas Lavoie a emprender una serie de nuevas investigaciones. En primer lugar han realizado un inventario en forma de bibliografía comentada de todas las encuestas geolingüísticas sobre el francés de Canadá. Asimismo pretenden hacer accesibles a través de Internet tanto algunos mapas lingüísticos que están elaborando como listas de vocabulario, a partir de los datos del *PPQ* (*Le parler populaire du Québec et de ses régions voisines. Atlas linguistique de l'Est du Canada*, 1980). A partir de ahí también están identificando y caracterizando, sobre todo desde el punto de vista léxico, las áreas lingüísticas del este

de Canadá. El estudio histórico de un cierto número de variantes geolingüísticas también contribuye al conocimiento de la génesis y de la formación del francés usado en Canadá y del francés hablado en Francia en la época de la colonización de la Nueva Francia.

Cabe decir, a la vista de todo lo expuesto anteriormente, que este número de *Géolinguistique* se acerca con rigor al estado de las principales investigaciones sobre geografía lingüística en la América que habla español, portugués y francés, de la mano de reconocidos especialistas, partícipes además de los trabajos que presentan. El hecho de unir tantas plumas en un solo volumen conlleva una diversidad evidente de puntos de vista, desde autores que ofrecen una mera exposición de datos hasta otros en quienes los aspectos teóricos constituyen el hilo conductor del artículo, como ocurre con el de Rocío Caravedo. En otro terreno, el servicio editorial de la revista se lamenta, con razón, de la escasa calidad de algunos mapas.

Por último, se podríán hacer algunas observaciones sobre el contenido global de esta obra. La etiqueta *América Latina*, a pesar de su uso generalizado, carece de un contenido semántico preciso. Aquí se trata de justificar la inclusión de la zona francófona de Canadá en el concepto, pero a lo que se contribuye de esta manera es a oscurecer más su alcance. En cuanto a lo que llamaríamos *Hispanoamérica*, Michel Contini lamenta no disponer para este volumen de un trabajo sobre Argentina, del que se iba a hacer cargo Ofelia Kovacci, desaparecida recientemente. Pero tampoco disponemos de información concreta sobre otros dominios, como puede ser el de Centroamérica. A este respecto, remito a la página de Internet <<http://atlaslinguistico.blogspot.com/>>, donde Miguel Ángel Quesada Pacheco describe el *Atlas Lingüístico de América Central (ALAC)*, un proyecto de investigación compartido entre la Universidad de Costa Rica y la Universidad de Bergen (Noruega); el mismo profesor Quesada presentó en el congreso sobre el español de América celebrado en Burgos en 1995 una comunicación sobre el *Atlas de Costa Rica* y en su libro *El español de América* (Cartago, Editorial Tecnológica, 2002) dedica algunas páginas a los estudios sobre el español de América por países, donde América Central está incluida como un todo.

Sea como sea, el volumen que reseñamos supone un avance en la difusión en Europa de los trabajos de geografía lingüística elaborados en Hispanoamérica, Brasil y el Canadá francófono, y esperamos que la evolución de esos trabajos vaya acompañada de nuevas puestas al día como la que con acierto presenta este número de *Géolinguistique*.